

Rio, camino de Veracruz, y se rajó casi al concluirse, y el rey gastó en él crecidas sumas (*).

Mientras tanto, Cortés hacia sus escursiones sobre los pueblos pertenecientes al gobierno de México, en esta capital se tomaban medidas vigorosas para la defensa, superando muchos obstáculos de diversas especies. En la corte habia algunos sospechosos aun de la familia de Moctheuzoma de ser parciales de Cortés, y esto motivó los recelos y desconfianzas precursoras de una guerra civil, y que turban la paz mas que los enemigos exteriores. ¡Ojalá y no habláramos en esta materia amaestreados por la experiencia! Por otra parte, la peste de viruelas que apareció en estas comarcas el mismo dia de la batalla de Otumba, hacia en México horribles estragos, siendo victima de ella el nuevo emperador Cuitlahuatzin: esta fué una fortuna para Cortés, porque este le habria hecho la guerra con mas sabiduria que su sobrino Quauhtimotzin la hizo despues, aunque no se le puede tachar de cobardía. Cortés soñaba con Cuitlahuatzin, y tenia razon, porque él lo destruyó á su salida de México, y no podia olvidar el chasco que se llevó, cuando teniéndolo preso en el palacio de Moctheuzoma, lo puso en libertad para que fuese á mandar que se hiciese mercado en México, y él fué á encargarse del ejército. Supo Cortés su muerte muchos dias despues de ocurrida, y le plació en gran manera: los tlaxcaltecas no podian pasar á México sin que fuesen conocidos y tratados como espías, pagando con la vida, y así nadie queria ir; mas Cortés tuvo alguna luz del estado de la capital, por la corta declaracion que dió ya moribundo un capitan mexicano prisionero en un ataque; esto acaso le hizo activar sus providencias.

(*) Las tropas de Santa-Anna lo quemaron en 1821 y todavía aparecen sus ruinas.

CAPITULO XXXI.

De como á la lengua de la agua en Texcuco los españoles pusieron en perfeccion los bergantines, con los cuales conquistaron á los mexicanos, y del desafío para comenzar la guerra, en que D. Hernando Cortés atribuye á los mexicanos la traicion del comienzo de la guerra, y muerte de Moctheuzoma.

EL capitan D. Hernando Cortés habiendo puesto los doce bergantines á gesto con todos sus pertrechos y aparejos, antes que comenzasen la pelea naval, hizo sondar en su presencia toda la laguna que está entre México y Texcuco para saber donde habia bajos, ó donde habia algunos peligros, ó donde habia profundidad de agua bastante, ó algun tropiezo, para que habiendo comenzado la guerra naval, tuviesen sabido lo que habia en todo el trecho por donde habian de navegar; y para hacer este negocio mas convenientemente, mandó llevar todos los bergantines de una parte de la laguna (que está en los términos de México, y se llama *Acachinanco*) y tambien él mismo fué con ellos, y desde allí comenzaron á sondar toda la laguna. Habiendo hecho esta diligencia desde este dicho lugar, el capitan envió á llamar al señor de México y á sus principales sobre su fé de caballero, que no recibirian daño ninguno, que solamente les queria hablar y darles las razones del por qué les queria dar guerra, con que primeramente oyesen la razon muy justa que tenia para hacer este negocio, y para que entendiesen que ellos eran los culpados en este caso, y no los españoles, sin que hubiese dobléz ni ficcion, ni tiranía en lo que él pretendia en hacerles guerra. El señor de México con sus principales y capitanes, vinieron á oír lo que D. Hernando Cortés les queria decir por el agua en canoas, y el capitan se entró en un bergantin, y se apartó de los otros bergantines con algunos capitanes que consigo llevó, y llegándose cerca dellos, comenzóles á hablar con su intérprete y dijo:

“Señores mexicanos, ya estamos determinados yo y mis españoles, y mis amigos los de Tlaxcala para daros guerra (donde habian de acontecer cosas graves y temerosas de oír.) Esta guerra ha tenido principio de enojos de cosas que no están bien entendidos de vuestra parte, y quereinos culpas en lo que no tenemos culpa, habiendo sido nosotros los injuriados y afrentados, y maltratados de vosotros, y muertos muchos de los nuestros, y robadas todas *nuestras* haciendas sin razon y sin justicia, (en diciendo una pausa destas, el capitán mandaba luego á su intérprete que se lo dijese en su lengua). Sabed, señores míos, y sé que no lo ignorais, que mi venida á esta ciudad, como yo os lo dije, no fué para tomaros vuestra ciudad ni haceros guerra, sino para averiguar las quejas y agravios, y malos tratamientos de que os acusaron: vine á esta ciudad como visteis, y hablé en este caso lo que visteis, para que en espacio de algunos dias entendiésemos la verdad de los negocios de que fuisteis acusados. Este negocio no se pudo llegar al cabo, ni proceder en él como era menester, porque me vinieron á llamar de parte de otros españoles que habian venido de nuevo á la costa del mar; y fuéme necesario dejar lo que habia comenzado, y ir con la mayor parte de mi gente á recibir á los españoles que me venian á buscar, y dejé en mi lugar á otro capitán para que estuviese aquí con los españoles y tlaxcaltecas que aquí yo dejé, y hablé á Mochtezuma y á todos los principales mexicanos, para que entre tanto que yo volvía, estuviesen en toda paz y amistad, y desta misma manera hablé al capitán que yo dejé, y á todos los españoles, y á nuestros amigos los de Tlaxcala, para que hubiese toda paz y sociego hasta que yo volviese, y desto muchos de los que estais presentes sois testigos de vista y de oídas. Despues que yo me partí de éste, á pocos dias decis que el capitán que yo dejé, que es Pedro de Alvarado, que está aquí, á traición, *y sin habersele dado ninnguna ocasion*, os acometió de guerra en una fiesta que hacíades á vuestro dios Vitzilopuchtli, y que allí mató y destruyó toda la flor de los mexicanos, y luego antes

que los españoles se recogiesen, acudió tanta gente de guerra mexicana contra ellos, que les fué necesario recojerse á su fuerte y encerrarse en las casas reales, donde yo los habia dejado, y esto señal fué que el negocio desta guerra habia comenzado de sobre pensado. Para imputar la culpa deste negocio á mi capitán y á mis españoles, comenzasteis á publicar que ellos á traición os habian acometido sin que tuviesen ninguna ocasion de hacer lo que hicieron; y esto no es así, porque venido que fuí yo, inquerí luego deste negocio como habia pasado, y hallé que vosotros estabades concertados de en mi ausencia en esta fiesta matar á todos los que yo habia dejado, así españoles como indios; como supieron esto muy de cierto, adelantáronse el capitán y los españoles á hacer lo que hicieron, y fué *bien hecho*. Tambien nos achacais la muerte de Mochtezuma, y no es verdad, por que antes que yo viniese de la costa, por mandado de D. Pedro de Alvarado salió á las azoteas á mandar á los mexicanos que cesasen de pelear (aunque iban arrodelándole y guardándole los españoles) no solamente no le quisisteis obedecer; pero deshonrasteisle á él y á nosotros los españoles, y le tiraisteis de pedradas, de manera que le heristeis, y murió de las pedradas que de vosotros recibió, y no solamente no cesasteis de pelear mandandolos vuestro señor; pero comenzasteis á pelear mas fuertemente contra los españoles, y quitasteis los bastimentos, y cuando yo vine morian de hambre; y sabiendo que yo venia, y viéndome entrar por vuestra ciudad, no hubo hombre que me hablase, ni me quisiese ver. Yo como entré donde estaban los españoles muy maltratados, ni vuestro señor, ni ninguno de vosotros me quiso ver ni saludar, y mandandoos que cesasedes de dar guerra, y nos dieseis bastimentos, no lo quisisteis hacer, sino añadisteis mayor diligencia, así en pelear, como en quitarnos y matar á los que nos daban algunos bastimentos escondidamente; de manera que tuvimos necesidad de salir huyendo, y de noche, de donde estabamos, y salir como podimos, con muertes de muchos españoles y indios amigos, y con ro-

barnos cuanto teníamos, y nos fuisteis dando caza hasta los términos de Otumba, donde de tal manera nos acosasteis de todas partes, que si no fuera por milagro de Dios allí nos matarades como deseabades. Todas estas cosas y otras muchas que callo, hicisteis contra nosotros, como gente idólatra, y cruel, y agena de toda justicia y humanidad; y por tanto, os venimos á dar guerra como á gente bestial y sin razón, de la cual no cesarémos hasta que vengüemos nuestras injurias, y echemos por tierra á los enemigos de Dios, idolátras, que no tienen ley de proximidad ni de humanidad para con sus prójimos. Esto se hará sin falta alguna.

NOTA DEL EDITOR.

Para ponerse el lector en aptitud de entender este capítulo, uno de los mas interesantes del P. Sahagun, y de que no se hace mencion en su historia impresa; es preciso tomar el hilo de los acontecimientos que precedieron al comenzamiento de la conquista de México, ó digase mejor, de la expedicion naval. Cortés siempre confió en su fortuna, y jamás perdió la esperanza de enseñorearse de México; dando, pues, por realizada la conquista, dió cuenta á Carlos V. de todo cuanto habia hecho hasta entonces, y de lo que meditaba hacer en adquiriendo la posesion total de la tierra, de la escelencia de sus diversos climas, del terreno y provincias que hasta entonces tenia subyugadas á la corona de Castilla; y concluyó pidiendo se le enviasen religiosos para la propagacion de la ley evangélica, ganados, semillas, armas, y municiones que ofreció pagar de su cuenta, y para el mejor desempeño de tan importante comision, nombró á Alonso de Mendoza, quien ademas llevó recomendaciones para la córte, del ayuntamiento de Tepeaca, que elogiaba la conducta del conquistador. Para mayor seguri-

dad de que se recibirian en la córte sus esposiciones, las dirigió tambien por medio de la audiencia de Santo Domingo, á la que suplicó permitiese embarcar á cuantos españoles quisiesen para engrosar sus fuerzas, con tal que no fuesen hombres viciosos y enredadores. Para asegurar el camino de Veracruz á México, hizo prender á cuarenta indios de los que habian salteado á los españoles, en quienes se notó una estraordinaria serenidad para recibir la muerte. Encerráronlos en un gran patio (dice Herrera) para matarlos, desnudáronse muy gustosos la ropa que tenían, hicieron un gran baile, cantando y encomendando sus almas á sus dioses, y con mucha alegría aguardaron la muerte que se les dió degollándolos. Este acto de atrocidad pudo colorearse con el nombre de justicia, por las muchas atrocidades que ellos habian cometido con los españoles que hubieron á las manos; pues hechos prisioneros los engordaban, desnudos los garrochaban como toros, despues los mataban, y hecha tasajos su carne, la repartian entre sus amigos, diciéndoles que la comiesen pues era sabrosa. ¿Mas qué barniz de justificacion podrá darse á la ustion que hacia Hernando Cortés en la frente á los prisioneros que hacia en guerra lícita, marcándolos por esclavos de un rey que en las instrucciones dadas á los conquistadores de las Américas, les prohibia hiciesen esclavos á los indios, como lo comenzó á practicar Cortés desde la guerra de Tepeaca, dándolos despues en encomienda, ó á los mismos españoles ó á los indios aliados suyos?

El encargado de la construccion de los bergantines fué el ingeniero Martin Lopez. Despues de haber cortado los tlaxcaltecas toda la madera que se les pidió, segun las trazas de dicho ingeniero, de su famosa sierra Matlacueye (). Hizo traer Cortés toda la herramienta y jarcia de los ber-*

(*) En la que se ve el cerro nevado, llamado hoy la Malinche de que es parte, y cuya vista pintoresca está enfrente de Puebla por el rumbo del Norte.

gantines que echó á pique á su llegada de Cuba, de que hemos hablado; recurso ingenioso y que con razon aplauden los escritores. Divididas en piezas aquellas naves, fueron llevadas en hombros de indios hasta la laguna de Texcoco en la que hoy todavia se registran las ruinas del muelle donde se botaron al agua, y que están en tierra seca, pues la laguna se ha retirado cerca de una legua. La breá para calafatear esos buques se sacó de los pinos de la sierra de Tlaxcala; pero faltaba sain, aceite ó grasa para mezclarle, y no habia cerdos ni chivatos de donde tomarlo, y así se echó mano. . . . ¡tiembla la pluma al decirlo! del unto de los cadáveres de los indios. . . . ¡Pobré humanidad, cuanto te compadezco! ¿Qué número de infelices seria necesario que muriesen para practicar esta operacion (*)?

La expedicion de México llenó de gozo á los tlaxcaltecas; ora sea por la parte que segun lo estipulado debian tener en ella; ora, por vengar la muerte de sus compañeros á la salida de México. Cortés no perdía momentos, y se aprovechaba de la menor circunstancia para escitar su valor, y lo mismo hacia el joven Xicotencatl para mostrar su deseo que no vió realizado, porque los españoles le quitaron la vida cuando dirigia un trozo del ejército á Texcoco, y se deshicieron de este enemigo que como á tal miraban. Cortés hizo reseña de su ejército, y segun Gomara, constaba de novecientos infantes españoles, ochenta y seis de á caballo, ciento diez y ocho con escopetas y ballestas, los demas con picas, rodela y alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traía; tambien llevaban algunos coseletes y muchas corazas y jacos. La artilleria constaba de cuatro cañones gruesos de fierro colado, quince pequeños de bronce, y doce quintales de pólvora con muchas balas. Colocó un cañon en cada bergantin, y los demas se distribuyeron en las divisiones que marcharon por tierra. Cortés se dejó ver á caballo

(*) Esta anécdota la cuenta el historiador español Gomara, no es forjada en mi cerebro. Cap. 18, tom. 2, pág. 46, edicion de México, ó sea Chimalpain.

en esta parada, proclamó á sus soldados, asegurándoles que todo lo necesario para la expedicion lo tenia prevenido: "Lo que á vosotros toca es pelear como soleis, y rogar á Dios por la salud y victoria, pues es suya la guerra" ¡Tales fueron sus espresiones!

En esta ocasion hizo publicar Cortés unas ordenanzas que formó para el arreglo y esacta disciplina de su ejército, y que procuró se observasen con puntualidad; dirigianse singularmente á impedir los robos. Mandó, (dice Herrera) azotar á uno, porque tomó cierta ropa á un indio, ahorcó dos negros suyos porque tomaron á otro una gallina y dos mantas; él se reservaba robar un imperio, y con él, como ladron en grande, no tenian eficacia estas leyes. . . . Da veniam corvis vexet censura columbas. ¡O con cuanta justicia hizo igual reflecion el barquero á Alejandro de Macedonia!

Al siguiente dia hicieron su reseña los tlaxcaltecas adornados á su usanza. Precedian á sus masas la música militar de cornetas, caracoles, y otros instrumentos de viento: seguian los cuatro gefes de la república armados de escudo y espada, y adornados con bellos penachos de dos piés de alto. Llevaban los cabellos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios y orejas, y en los pies calzados de gran valor. Seguianles cuatro escuderos armados de arco y flechas, y en pós los cuatro estandartes de la república, cada cual con su insignia propia, hecha de plumas. Despues empezaron á pasar en filas bien ordenadas las tropas de flecheros de veinte en veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes peculiares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos ó mas hombres, y seguian las tropas armadas de espada y rodela, y al fin las armadas de pica (*).

(*) Segun Herrera y Torquemada, los flecheros eran sesenta mil, los picaderos diez mil, los de espada y escudo cuarenta mil, total, ciento diez mil.

un mexicano pensador. Si la sombra de Maxiscatzin, autor principal de la funesta liga de españoles y tlaxcaltecas se hubiera paseado por el medio de tan numerosa hueste, separada de su cuerpo mortal, sujeto á pasiones vergonzosas de odio y ambicion, no podria menos de entristecerse y de hundirse en la tumba, diciendo . . . ¡Ab! En breves dias, opresores y oprimidos, todos quedareis reducidos á una vergonzosa esclavitud!! . . . No permita el cielo, protector de nuestra independencia, que algun ambicioso estrangero halle otros tantos tlaxcaltecas que apoyen sus pretensiones de reconquista, cuantos son los enemigos del sistema que hemos adoptado; ellos serán infinitamente inferiores á aquellos en número, pero muy más terribles en su venganza!

El numeroso ejército tlaxcalteca, en que iban reunidos los de Cholula y Huejocingo, no salió todo reunido para Texcoco, por la gran dificultad que habia de mantenerlo. Al partir de Tlaxcala, que fué el 28 de Diciembre, Cortés reiteró á sus gefes lo que otras veces les habia dicho, esto es, que iba determinado á no volver sino victorioso de los mexicanos; y que si habia algunos que no fuesen gustosos, que se quedasen. Los señores de Tlaxcala le dijeron, que antes se ahogarian en la laguna de México, que volver sin la victoria: que en cuanto á los bergantines que quedaban allí construyéndose, se trabajaria con empeño, como si él estuviera presente. Despidióse entonces del senado, y al son de la música militar, y desplegadas las banderas, comenzó su marcha, siendo testigo de ella un pueblo numerosísimo, que levantando las manos en señal de su aprobacion y contento, hacia votos por su prosperidad, diciendo algunos en su idioma . . . ¡Mirad como van los fuertes á quebrantar la soberbia de los mexicanos! Dios os dé la victoria: las mugeres especialmente decian . . . ¡Nuestros ojos os vean volver vivos!!

El itinerario de Cortés, segun Gomara, fué el siguiente: De Tlaxcala á Tzamalucan, á Riofrio, á Texcoco. Al llegar á la cima de las montañas, contemplaron los españoles

el hermoso valle de México, partió con júbilo por ser aquel el término de sus deseos, y parte con disgusto por el recuerdo de sus pasados desastres; la memoria de estos, afectó muchos ánimos, que despues se esplicaron en los términos que lo hicieron en el arenal de Veracruz á su llegada, cuando Cortés se decidió á marchar á México, como en breve veremos. Parece que el genio del error presidia en el consejo del emperador de México: es verdad que el nuevamente electo y su antecesor, habian tomado providencias de toda especie para salvar la capital de la invasion que la amenazaba; ya, alistando numerosos cuerpos de tropa que se disciplinaban frecuentemente; ya, proveyéndose de víveres; ya, en fin, perdonando los tributos á los pueblos que no podrian pagar durante la invasion; pero estas medidas solo sirvieron para retardar los males, mas no para impedirlos; los mexicanos no conocian el genio astuto y emprendedor de Cortés, que nunca era mas temible que cuando se hallaba en los mayores conflictos, ni tampoco la ventaja de sus armas sobre las suyas, y los grandes recursos con que contaba; por tanto les parecia que quedaria cortado en su marcha si la emprendia por un camino, al parecer suave y llano, pero sembrado de escollos, prefiriéndolo á otro que le presentaron lleno de asperezas, y por las que lo preferiria para no ocuparse en desembarazarlo; mas cuanto se engañaron en esto! Cortés destinó mil tlaxcaltecas que en momentos lo allanaron todo, y transitando por él, los dejaron burlados; entonces los mexicanos se contentaron con escaramusear con algunas partidas de guerrilla que desaparecieron con la muerte de algunos mexicanos. Los españoles, sin interrumpir su marcha, vieron venir hácia ellos cuatro personajes de paz que traían una banderilla en una barra de oro del peso de cuatro marcos, y presentándola á Cortés de parte de su soberano Coanocotzin, rey de Texcoco, le ofrecieron hospedaje en aquella ciudad. Cortés lo aceptó mostrando benevolencia, pero ecsigió que le volviesen el oro que habian tomado

á cuarenta y cinco españoles á quienes dieron muerte, con trescientos tlaxcaltecas y cinco caballos en el pueblo de Zoltepec, y cuyos cadáveres habian colgado como trofeos en un templo de Texcuco, con sus armas y sus trages, y los caballos con sus arneses. A esto respondieron los enviados, que aquella matanza no se debia imputar á su señor, sino á los mexicanos que la mandaron ejecutar á los de Zoltepeque; que ellos harian toda diligencia para que se les restituyese lo robado. Entró Cortés de paz en Texcuco, pero á la noche siguiente, el rey se escapó á México en una canoa, temiendo que Cortés se apoderase de su persona, como habia hecho con sus hermanos Cacamatzin, Cuicuitzcatzin, é Ixtlilxochitl. Dictábalo así la prudencia y un triste desengaño. A imitacion del rey de Texcuco se despobló la ciudad, y sus hijos vagaban por las montañas ó en otros lugares de seguridad y asilo. Hospedóse cómodamente Cortés en los palacios del rey Netzahualpilli, y en breve se le presentaron á dar obediencia los caciques inmediatos de Huexótlá, Coatlinchan y Atenco, conducta que desaprobó Quauhtimotzin: apoderáronse de los enviados y pusieron en manos de Cortés, á quien dijeron, que su venida se habia dirigido á que aquellos caciques interpusiesen sus respetos, como que eran sus amigos, para que hubiese paz entre españoles y mexicanos; fingió creerlos y los dejó en libertad, pero previniéndoles dijese al emperador, que se guardase de causar hostilidades á los españoles y á sus aliados.

Erigido Cortés en autócrata, y árbitro soberano de los pueblos de este continente, dió por vacante el trono de Texcuco, y lo proveyó en Ixtlilxochitl que se hallaba á la sazón en Tlaxcala; como este personage va á hacer un gran papel en la historia, convendrá aumentar la idea que en otro lugar hemos dado de él. Segun el P. Clavijero, era entonces de veinte y tres años de edad, habia osado disputar el trono á su hermano Cacamatzin, contra quien habia levantado un ejército, obligádolo á dividir el reino de Aculhuacan,

provocando á su tio Mochtezoma que habia protegido á su hermano; habia hecho la corte á los españoles desde su llegada, y no se sabe por qué se hallaba en compañía de Cortés, y si su ecsistencia en Tlaxcala era por arresto ó aficion singular á los españoles; en fin, Ixtlilxochitl era el hombre que le convenia tener á su lado al conquistador, es decir, un enemigo de su patria, un maniquí é instrumento ciego hasta de sus caprichos; en suma, un pícaro en toda la estension de la palabra: tal fué Ixtlilxochitl, y por tal lo denuncian sus hechos, como despues veremos. Este malvado príncipe, en quien no creo hubiese sinceros deseos de ser cristiano, (pues el que maquina contra su propia nacion no puede tener sentimientos religiosos,) tal vez por agradar á Cortés, é imitar á los senadores de Tlaxcala, recibió el bautismo, apadrinándolo Cortés, y tomó el nombre de Fernando.

Texcuco, donde estaba el cuartel general de los españoles, era el centro de las operaciones militares, y tanto mas, cuanto que de allí debia zarpar la espedicion marítima. Para que pudiera verificarse, se abrió allí un canal de milla y media bastante profundo, el que segun Gomara, (cosa increíble) trabajaron, dice Clavijero en una nota, pág. 150, tomo 2, cuatrocientos mil indios (*). Era dicha zanja (son palabras de Gomara) de media legua larga, ancha doce pies y mas, y de dos estadios de honda donde menos, que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ahondó para caber los bergantines; así iba por toda ella por los lados en estacado, y encima un valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenian, y así se tardó en construir cincuenta dias, y trabajaban en ella mas de ocho mil indios diarios de Texcuco, y de los demas pueblos amigos. Allí tambien se hizo la maquina para botarlos. Tanta prosperidad de Cortés fué turbada por un incidente bien amargo, pues que siempre se mezclan

(*) En la edicion que yo hice de este autor, no consta ni se lee tal cosa, ni pudo caber tal despropósito en cabeza humana.